

Carlismo, siglo XX

Josep Carles Clemente

DESDE distintos ángulos se ha repetido que el Carlismo no ha sido suficientemente estudiado. Este tema, pese a ser antiguo, no ha encontrado un nivel de investigación comparable al del movimiento obrero español, por ejemplo, o a otros procesos históricos más modernos y con semejante carga polémica. Tampoco ha sido tratado —por lo general— de la única manera de que su valoración histórica pueda progresar: a base de documentación contenida allí donde el movimiento fue incontestable (Navarra, País Vasco, Cataluña, Valencia) o representativo (Aragón, Castilla, Galicia, Andalucía).

EL Carlismo ha de estudiarse —además— con un criterio historiográfico completamente diferente al tradicional o usual y factible en otros temas: como idea fuerza, como movimiento de masas en relación con las estructuras socioeconómicas y en sus experiencias de gobierno. Es inútil explicarlo a base de conceptos políticos extraídos de libros polémicos. Por eso, aún está por explicar convenientemente. De ahí que sea improbable que el fenómeno pase del terreno polémico sin un nuevo enfoque investigativo.

La documentación carlista está prácticamente sin utilizar. Por eso son de agradecer las nuevas aportaciones monográficas al respecto de J. R. Barreiro (1); María Teresa de Borbón Parma (2), Idoia Estornes Zubizarreta (3), Julio Aróstegui Sánchez (4) y Fernando García Villarrubia (5). Es preciso, pues, acceder a los archivos regionales, en las diputaciones, en los ayuntamientos, en las casas particulares, etc.

- (1) «El Carlismo gallego». Santiago de Compostela, 1976.
- (2) «La evolución ideológica del Carlismo». Tesina presentada en la Universidad de La Sorbona. París, 1977.
- (3) «Carlismo y abolición foral». San Sebastián, 1976.
- (4) «El Carlismo alavés y la guerra civil de 1875-1876». Vitoria, 1970.
- (5) «Introducción al Carlismo andaluz durante la primera guerra civil (1833-1840)». Tesina presentada en la Universidad de Sevilla. 1976.

La bibliografía del Carlismo en el siglo pasado está, generalmente, detenida en un tipo de problemas muy específicos: militares, ideológicos, políticos... Una revisión actual del tema necesitaría ampliar el campo de estudio.

Dentro de la historiografía, el Carlismo no puede ser considerado como una corriente homogénea. No parece adecuado mantener que «el Carlismo crece y pervive sin variaciones ni alteraciones fundamentales» (Federico Suárez Verdeguer). Es obvio que desde los tiempos de la inicial llamarada fuerista de la primera guerra hasta los tiempos en que Balmes veía a una España representada por el Carlismo y otra por el Liberalismo, pasando por las teorías tradicionalistas de Vázquez de Mella y las revolucionarias de los «matiners» y su enraizamiento y desarrollo en el actual Partido Carlista con su concepción socialista autogestionaria, el camino recorrido por este movimiento popular es mucho. Esto muestra su vitalidad y su enraizamiento en una realidad efectiva.

El Carlismo, quizás a causa de su carga polémica o porque otros aspectos del siglo XIX han llamado más la atención a los historiadores contemporáneos, no ha sido un tema tratado con la amplitud ni la claridad merecida. En este sentido, no puede dejar de señalarse que



«La vía carlista al socialismo autogestionario» cabe inscribirlo como heredero directo del sector foralista y comunal, la corriente popular del Carlismo.

la muy meritoria labor, con todo, de Federico Suárez Verdeguer y Menchor Ferrer, dista de tener un planteamiento moderno.

Las distintas fuentes coetáneas demuestran que el Carlismo fue en sus inicios un movimiento popular espoleado por la crisis agraria y por la defensa de las libertades forales. En principio, sin embargo, el voluntariado carlista de la primera guerra fue acaudillado por una serie de personalidades provenientes de estratos sociales distintos que ya con anterioridad se habían manifestado públicamente (Manifiesto de los Persas, Regencia de Urgel y

de los Realistas Puros), con intereses de clase muy distintos a los proclamados por el voluntariado carlista. Estos grupos o personalidades eran los apostólicos o integristas y los absolutistas dinásticos o tradicionalistas, la mayoría de ellos destacados jefes de las guerras realistas. La alta aristocracia, no obstante, se fue con los liberales como respuesta a las concesiones agrarias (desamortización eclesiástica). Algunos de ellos, como el Marqués de Monistrol, apoyó a don Carlos: fue la excepción, aunque luego se pasó a las filas liberales antes del Convenio de Vergara.

Carlos Hugo
de Borbón Parma

LA VIA CARLISTA
AL SOCIALISMO
AUTOGESTIONARIO

*El proyecto carlista
de socialismo
democrático*

grijalbo

La alternativa que presenta don Carlos Hugo de Borbón Parma, consecuente con la herencia popular del Carlismo es, sin duda alguna, polémica, pero ha sido intención del autor abrir un diálogo sobre el futuro. (En la foto, don Carlos Hugo de Borbón Parma).

La masa popular del Carlismo se movía fundamentalmente por la conservación de la democracia foral. En cambio, la jerarquía no. Y ésta tuvo que incorporar la cuestión foral a su ideología debido a las exigencias populares y ganar con ello partidarios. Así, los Fueros unidos al Carlismo no aparecen hasta 1834. Sólo anteriormente hubo dos proclamas de los jefes de Alava y Guipúzcoa que incitaban al pueblo

vasco basándose en la defensa de los Fueros. Y así también deben entenderse las posteriores proclamas firmadas por don Carlos en 1834, quien tomó la bandera foral.

Reforma agraria y reivindicación foral: he aquí los dos grandes temas propugnados por la base carlista, compuesta por anticentralistas y defensores de la propiedad comunal. Los otros dos sectores —el integrista y el tradicio-

nalista— propugnaban otras cosas: las cuestiones religiosa y dinástica.

Sirva este largo proemio para situar en cuál de estas tres líneas ideológicas cabe situar el reciente libro de Carlos Hugo de Borbón Parma (6). «La vía carlista al socialismo autogestionario» cabe inscribirlo como heredero directo del sector foralista y comunal, la corriente popular del Carlismo.

El libro parte de un análisis minucioso de la economía. Se centra, particularmente, en la problemática española, pero dentro de una «mundialización de los problemas». Y la solución referente a España es aplicable, en sus bases fundamentales, a la problemática mundial, porque España —por sus actuales y específicas circunstancias— puede ser un país de ensayo para una nueva concepción del socialismo.

El análisis de la economía mundial se basa en las dos concepciones vigentes: el capitalismo y el socialismo de estado. Pero no es un análisis ecléctico, dogmático o anti, es un balance de la experiencia y el camino histórico de ambos sistemas que, al final, acaban por coincidir en la alienación del hombre, en un desarrollo meramente productivista y cuantitativo, perdiendo, en ambos casos, su capacidad de afrontar la problemática del futuro.

Especialmente es interesante el análisis del capitalismo compensado, que puede presentarse como modelo y meta de la sociedad española, sigue manteniendo, por una parte, los presupuestos ideológicos del capitalismo (competitividad, individualismo, etc.) y de las conquistas, las «compensaciones», son la lucha de los movimientos socialistas, pero éstos han sido incapaces de romper con la lógica del capitalismo.

El libro es, claramente, una propuesta de alternativa. El mundo va al socialismo, pero la alternativa del autor —y del Partido Carlista— es la vía a seguir: la autogestión. Este último término es controvertido, pero la autogestión no es un fin en sí mismo, sino un medio para llegar al socialismo: la meta es un socialismo democrático, el camino y el instrumento, la autogestión. La utopía está en la meta, pero el camino es realizable a partir de un estado democrático provisional, la última parte del libro demuestra la viabilidad del camino autogestionario.

La alternativa que presenta don Carlos Hugo de Borbón Parma, consecuente con la herencia popular del Carlismo es, sin duda alguna, po-

lémica, pero ha sido intención del autor abrir un diálogo sobre el futuro. Como dice John K. Galbraith en el prólogo, este libro puede iniciar **«un debate civilizado dentro del marco de la sociedad pluralista»**. El célebre economista norteamericano añade que **«todos tenemos que conseguir que el progreso, incluso el progreso hacia la democracia industrial, venga de los que hablan de lo que es imposible. Las ideas emitidas en este libro merecen la más amplia difusión y discusión, especialmente en la España actual, donde tantas cosas están empezando»**.

El libro, además, va precedido por una introducción realizada por el conocido teórico del socialismo Roger Garaudy que, por su parte, manifiesta que **«la originalidad política no estriba en la defensa y clarificación de un particularismo receloso; por el contrario, sólo saliendo con la máxima apertura al encuentro de los demás componentes del renacimiento democrático español puede un movimiento (el carlista) aportar a todos, y recibir de todos, la fuerza y la imaginación de caminos nuevos, inéditos. El libro de don Carlos nos recuerda, una vez más, que el río sólo es fiel a sus fuentes si fluye hacia el mar»**.

He aquí, pues, la tercera vía del Carlismo. Vía que no es en ningún modo oportunista, ya que viene respaldada por una larga trayectoria histórica. Refrendando lo ya anteriormente expuesto, creo importante referirme a una puntualización que puede clarificar y ayudar a descubrir aspectos de la autenticidad ideológica que en el sustrato popular foral —en el que se apoyan las tesis actuales de don Carlos Hugo— creemos encontrar. Evidentemente, una de las etapas menos estudiadas del Carlismo es la de la denominada «guerra dels matiners» en Cataluña, que es la segunda en la cronología típica carlista y que coincide precisamente con un período de autenticidad ideológica. Para muestra un ejemplo. Concretamente hay un caso específico sumamente significativo: un documento fechado el día 25 de enero de 1849 en el pueblo catalán de La Garriga (7) —se trata, adelantamos, del manifiesto de las autoridades liberales de aquella villa previniendo contra los partidarios del Pretendiente carlista Conde de Montemolín, Carlos VI—; el documento nos muestra el meollo popular de la realidad del movimiento carlista, de la revolución carlista. Vamos a estudiarlo, pues, con cierto detalle.

Los redactores del documento de La Garriga manifiestan que lo que no pretenden restable-

(6) «La vía carlista al socialismo autogestionario». Editorial Grijalbo, Barcelona, 1977. 387 págs.

(7) En Biblioteca de Catalunya (Barcelona) 9 (46.71) VAR. II.

	A INTEGRISTAS	B TRADICIONALISTAS	C CARLISTAS
Componentes	Realistas exaltados Absolutistas puros Apostólicos	Absolutistas Realistas moderados Transaccionistas Teóricos militares	Foralistas Anticentralistas
Reivindicaciones	Cuestión religiosa Retorno de la Inquisición	Cuestión dinástica	Fueros Reforma Agraria
Ideología	« Manifiesto de la Federación de Realistas Puros » (1826)	« Manifiesto de los Persas » (1814)	« Manifiesto de los Aragoneses » (1834)
Slogan	«¡Viva la Inquisición!»	«¡Dios y Rey Legítimo!»	«¡Rey y Fueros!»

Las tres corrientes ideológicas del Carlismo. Los sectores A y B fueron aluviones de ida y vuelta. El C fue permanente y es el que ha conservado la pureza doctrinal popular.

cer los carlistas es el absolutismo y si en cambio un gobierno constitucional. Y siguen explicándose en el sentido apuntado: «pero no para aquí el engaño que padece nuestra credulidad. Tampoco es monarquía constitucional, como la que tenemos, ni a don Carlos lo que se pretende. No montañeses: es el fatal comunismo en toda su extensión y error; es este sistema desorganizador del mundo; es, en fin, el terrible combate del que no tiene contra el que tiene: en una palabra, la destrucción de la propiedad; la destrucción de la familia; la destrucción de la religión, es decir que los bienes serán comunes, esto es de todos en general y de ninguno en particular, que los padres no tendrán dominio sobre sus hijos ni éstos sujeción respecto de sus padres, que los templos y los ministros serán abolidos (...). Tal es el comunismo. Y que éstos sean los intentos no podemos dudar».

Sigue expresando ideas parecidas en el citado documento de La Garriga, como podemos ver a continuación: «Prescindiremos de aquella monstruosa hermandad que se ha hecho con los republicanos, por más que ahora quieran hacernos ver lo contrario; y nos atendremos solamente a las ideas manifestadas, a los discursos pronunciados en diferentes pueblos y

reuniones por el propio general en jefe de las tropas carlistas; ideas y discursos que siendo declaradamente democráticas y desorganizadoras, en una palabra comunistas, no han podido menos que alarmarnos y hacernos poner sobre aviso». Concluye finalmente el documento presentando un dilema: «o Isabel II o la revolución».

Evidentemente, el documento es sumamente revelador. Las reiteradas y largas citas del documento de La Garriga dirigido a informar a sus sectores de opinión pueden parecer excesivamente detalladas y reiterativas, pero son extraordinariamente significativas y creo que era necesario utilizarlas para demostrar lo poco conocido de estas etapas del Carlismo y asimismo deshacer la imagen fabricada con clara intencionalidad ideológica de servir a unos determinados intereses por la escuela conservadora de historiadores, que presentaban y siguen presentando a los carlistas como meros o simples fanáticos en materia religiosa y ultraderechistas en el campo de la vida social y política. Este documento y el reciente libro de don Carlos Hugo —máximo dirigente actual del Carlismo— ponen de manifiesto la continuidad de unas ideas determinadas y concretas. ■ J.C.C.

Nuevas calas a la Restauración

José Varela Ortega
Los amigos políticos
Partidos, elecciones y caciquismo en la
Restauración (1877-1900)
Alianza Universidad



Los amigos políticos

Alberto Castilla

LA Restauración fue el primer gran intento conservador de establecer un sistema político estable en la España del siglo XIX y de crear un consenso entre los partidos de derechas. Antonio Cánovas, verdadero artífice de la Restauración, desmontó la mecánica de los pronunciamientos, redujo, de hecho, el pluralismo político a los dos grandes partidos, Conservador y Liberal, sobre los que fundó las bases de apoyo a sus sistema, perfeccionando la fórmula de relevo en el poder y sumió en ellos, aceptándolos como amigos, a todos aquellos que aceptaron la monarquía restaurada.

LOS amigos políticos, de José Varela Ortega, doctor por las Universidades de Madrid y Oxford, guiado por maestros de tan indiscutible solvencia como Raymond Carr o Romero Maura, y financiado por múltiples organismos universitarios, culturales y oligárquicos, ha escrito un estudio amplio, pormenorizado y profundo de este periodo histórico de España, del establecimiento de la Restauración, así como de los hechos previos que sirvieron para consolidarla.

En el estudio de los antecedentes inmediatos y de las fases de preparación y asentamiento de la monarquía, destacan en el libro una vasta y esclarecedora exploración de hechos, tales como los esfuerzos del Partido Moderado para alzarse con el poder; la resistencia de Cánovas al regreso de la monarquía con un pronunciamiento; su oposición al renacimiento de Moderados y Constitucionales; la creación del nuevo Partido Conservador como un conglomerado de facciones que aceptaron la monarquía, junto a la gradual neutralización de los Moderados; y la constitución del nuevo Partido Liberal, con la fusión de facciones dispersas y la subida al poder de Sagasta.

El autor plantea un sistemático y bien argumentado examen de la gestación y alternancia de los dos

grandes partidos dinásticos que, como observa Varela, «quedaron separados menos por principios que por apetitos». En aquel tinglado político, correspondía a la Corona, como mecanismo que controlaba y distribuía el poder, evitar que el partido gobernante se perpetuara y que el otro partido, desplazado al ostracismo, pudiera volver a la antigua práctica de los pronunciamientos. Cánovas consiguió con ellos, sin duda, un largo período de relativa estabilidad política y orden social, aunque para ello tuviera que impulsar y fortalecer el poder de la Corona frente al principio de soberanía nacional y sacrificar, por consiguiente, la posibilidad de establecer una verdadera democracia.

Mientras en la Corte, Conservadores y Liberales se alternaban «pacíficamente» el poder, en provincias y en las zonas rurales el control se hallaba en manos del jefe local, en el cacique. Varela Ortega ha estudiado con gran profusión de detalles y despliegue de una documentación de mucho interés el sistema de pactos y acuerdos entre caciques, facciones y partidos, y el desarrollo y perfeccionamiento de la estructura caciquil ya existente. La Restauración se convirtió en la corrupción organizada y jerarquizada. Los caciques impusieron su ley en ciu-

dades y en el campo, daban trabajo a los respetuosos y serviles e ignoraban a los que se oponían. «Los gobiernos —afirma Varela— estaban dispuestos a ceder parte de su poder como administradores en beneficio del uso y abuso de la organización local del partido», lo que ocasionaría la hipoteca de la Administración que «hasta cierto punto se encontraba sin duda feudalizada por caciques que la manipulaban para sus propios fines». El libro proyecta también nueva luz al debate entre proteccionistas y librecambistas; en la lucha entre la burocracia que detenta el poder estatal y entre los grupos políticos que deseaban, vanamente, participar en la Administración; en la reacción de las facciones marginadas, como la de los trigueros castellanos y la indiferencia de la clase política para atender sus demandas.

Varela Ortega trata de situar y explicar el canovismo encuadrado en su contexto político-social. «En tanto que toleró un caciquismo organizado, la canovista fue indudablemente una solución conservadora que desmontó otra revolucionaria y hasta destruyó la posibilidad de una democrática; pero que también frustró una contrarrevolución y fue baluarte frente al pronunciamiento de partido y el autoritarismo caudillista». En este sentido, el libro evidencia un esfuerzo

por evitar la demolición de la figura de Cánovas y por situarlo en un «justo medio», en la tensión entre una izquierda democrática y una derecha intransigente y agresiva, la de los Moderados; una explicación de Cánovas y la Restauración como alternativa a los propósitos ultraderechistas de estos últimos; una revisión del canovismo en la que la imagen del político («arruinó esperanzas contrarrevolucionarias, trayendo una restauración conciliadora»), aparece menos reaccionaria, más dulcificada de la que entre los estudiosos de esa época suele circular.

Insiste para ello el autor, que la Restauración no se basó en una represión sistemática, que la represión se mantuvo siempre a niveles muy bajos, conclusión aceptable si se analiza aquel período desde la experiencia del franquismo. Pero que a otros niveles menos mediatizados por esta vivencia histórica, se nos hace difícil compartir.

Una de las formas típicas de represión es, precisamente, la de prevenir hechos, interfiriendo, con una o varias acciones, el desarrollo natural y necesario de las cosas. Visto así, y a la luz del conjunto de trabajos más serios sobre este período (incluido ya el del propio Varela, en el que se podrían subrayar multitud de ejemplos), es evidente que la estabilidad política alcanzada fue debida a la aplicación de un sistema esencialmente represivo y antidemocrático con el que Cánovas, figura mucho más conocida por lo que preveía que por lo que pudo conseguir, evitó cualquier tipo de participación del pueblo español en la dirección y control de su propio destino. De hecho, la Restauración fue una incesante sucesión de medidas y de actos represivos, encaminados a obstaculizar, a servir de freno formidable y sistemático a la revolución y al progreso social. Presentemos como ejemplo uno de ellos, el de los orígenes del nuevo Partido Liberal, tomado de **Los amigos políticos**: «Debemos guardarnos de menospreciar la importancia de la fusión. Significaba el logro de otro de los requisitos canovistas en el camino de la estabilidad política; esto es, el desplazamiento de la izquierda hacia el centro, en

virtud de que el nuevo Partido contenía algunas facciones con fe dinástica. El Partido Liberal constituiría, además, la mejor muralla frente a las inclinaciones revolucionarias de la izquierda; después de todo, «la fusión se había hecho para evitar la coalición; es decir, la revolución». Porque buen número de políticos dinásticos tenían la certidumbre de que no habría revolución en España mientras se lograra impedir la coalición entre los grupos dinásticos de izquierda y los republicanos».

En sus argumentos y conclusiones insiste también el autor en señalar la indiferencia, la abulia del pueblo español (respaldada por citas de generacionistas), justificando en parte la organización del sistema canovista por la «desmovilización política existente», por la «indiferencia ciudadana». Explicación que consideramos insuficiente si no se exploran sus posibles causas. Porque, en nuestro concepto, nunca fue característica del pueblo español la de ser indiferente o apático. Ahí están, por ejemplo, la resistencia impuesta a la invasión extranjera, en el XIX, o la resistencia al fascismo, en el XX. Y dentro del período que nos ocupa, ahí están los contingentes de emigración, numerosos en aquellos años, especialmente los de los campesinos meridionales hacia el norte de África (principalmente hacia Túnez y Argel) y las de las gentes del noroeste, que siguieron la ruta de América; emigración que ya no cesaría de interrumpirse hasta nuestros días, y que ha hecho posible tantos «milagros» en otros países. Siempre que al español se le ha amordazado, se le ha impedido cualquier expresión de rebelión o de protesta, su último gesto, silencioso, pero aún de rebeldía, ha sido el hecho migratorio. Además, y evidentemente, Cánovas supo esperar a recoger los restos de un país muy castigado por las guerras colonial y civil, por las rebeliones cantonales de la I República, por la experiencia de una revolución de aliento democrático, fracasada, por el creciente deterioro de la situación económica, capitalizando el desgaste, el cansancio, el sentimiento de fracaso de esos años. En realidad, en la España de Cánovas, una España

de partidos oligárquicos y facciones rivales, de caciquismo y corrupción, un individuo surgido del pueblo tendría que haber poseído características heroicas para tener derecho a un puesto a nivel de la burguesía o, simplemente, para alcanzar un significativo ascenso social. El pueblo no tenía salida. Se hallaba completamente aplastado por los poderes oligárquicos y autoritarios. En esas condiciones el inmovilismo, la indiferencia o la apatía funcionaban como un mecanismo de defensa, final de un proceso de lucha sobrehumano, agotador y estéril. Cerrada a doble vuelta de llave la posibilidad democrática, antes que servir a una burguesía explotadora y parásita, el pueblo, como en tantos otros momentos de su historia, o escogía el camino de la emigración —forma última de rebeldía—, o se liaba la manta a la cabeza, echándose a dormir, quizás por ese dicho de que «en mi hambre mando yo», lo que explicaría su actitud al sentirse humillado y desposeído de sus derechos como ciudadano.

Apreciaciones éstas que en nada disminuyen el respeto que, en su conjunto, este libro de José Varela Ortega nos merece. Porque no es frecuente leer un trabajo histórico tan fundamentado, con tal acopio de fuentes, con tanta diversidad de textos y de documentación inédita: Memorias, archivos, despachos diplomáticos, documentos privados hasta la fecha inaccesibles, todo ha sido sometido al escrutinio ávido y riguroso del investigador. Sus objetivos de ayudar a entender un poco mejor la naturaleza del poder y el funcionamiento del sistema político de la Restauración, de desvelar los fundamentos políticos del régimen y el funcionamiento del sistema electoral y la estructura del poder local en Castilla, se han alcanzado plenamente. Entendida la historia no como vía de conocimiento hacia una verdad inmutable, sino, como enuncia Adam Schaff, como proceso incesante y abierto en la acumulación de verdades parciales, **Los amigos políticos** supone, sin duda, una importante aportación que añadir a otros trabajos y que resulta ya imprescindible para cualquier seria indagación en la historia española de ese período. ■ A. C.